

Los ambientes de aprendizaje en la historia de la universidad o sobre los espacios que protegen las ideas¹

Elvia María González Agudelo²

¹ Este artículo es un producto derivado del proyecto titulado *Los ambientes de aprendizaje en la Universidad de Antioquia: un horizonte hacia el futuro*, que se desarrolló a través de una investigación cualitativa con enfoque hermenéutico.

² Profesora titular de la Universidad de Antioquia, doctora en Ciencias Pedagógicas. elvia.gonzalez@udea.edu.co

E

l ambiente, según Miller (2002), «es todo aquello que afecta a un organismo» (p. 13), el nivel de afectación varía según la estructura y relaciones en la cual habite ese ser vivo; dichas estructuras, según Bronfenbrenner (2015) son seriadas y cada una cabe dentro de la siguiente. El nivel más interno está en el entorno inmediato que contiene a las personas, el segundo nivel son las relaciones que existen entre los habitantes de dicho entorno, el tercer nivel son hechos que ocurren en entornos en los que las personas no están presentes pero se ven afectadas por esos hechos y el último nivel, hace referencia a que en las diferentes culturas, los entornos tienden a ser muy parecidos y pensados para alterar y producir los cambios correspondientes en lo que respecta al desarrollo de las personas que habitan dicha cultura (Bronfenbrenner, 2015, p. 24).

En la universidad, el nivel más íntimo sería el salón, el espacio que alberga al profesor con sus estudiantes. En ese lugar se llevan a cabo las clases, es el salón de clase. La clase se refiere al grupo, a los estudiantes y a los profesores que allí se encuentran, pero también hace referencia a un tiempo para conversar sobre un saber específico, como diría Heidegger (2010) estar en el tiempo, eso es lo que une al grupo, compartir el espacio y el tiempo. El entorno se va ampliando, emergen las relaciones entre el profesor y sus estudiantes en el proceso de enseñanza y aprendizaje; al espacio, el tiempo y el grupo se le anuda el saber y los medios, en su más llana expresión, la conversación, el lenguaje es el lugar donde habita el ser humano en el mundo de las significaciones. En el salón de clase se encuen-

tran seres marcados por su historia, por otros entornos externos a la escuela, el hogar de los estudiantes, en sus relaciones sociales, económicas y afectivas; el hogar de los profesores, también con su respectivas relaciones sociales, económicas y afectivas, adicionándole su entorno académico, su nivel de formación; ambos entornos afectan el aprendizaje de los estudiantes, dejan huellas en su personalidad. Además, la Universidad, en sí misma, se ve afectada por la cultura que circula en ella con el nombre de currículo, bien sea prescrito, es decir, diseñado por un gobierno que reglamenta lo que en la escuela se debe enseñar y aprender. Allí se formaliza, es el currículo real, el cual también se altera en el salón de clase y surge el currículo oculto con sus componentes ideológicos, éticos y políticos, como una visión no neutral de la educación que altera el estatus quo pensado por las instituciones gubernamentales para las nuevas generaciones.

Entonces ¿Cómo los ambientes provocan el aprendizaje? ¿Cómo un espacio estimula el pensamiento? ¿Cómo un grupo influye en el desarrollo de la inteligencia de cada uno de sus participantes? ¿Cómo el tiempo modifica la mente humana? ¿Cómo los medios transforman la información? ¿Cómo los diferentes entornos intervienen en los procesos de enseñanza y aprendizaje? ¿Cómo la educación modifica la cultura? o ¿Cómo la cultura modifica la educación?

El espacio, el tiempo, el grupo y los medios que soportan el saber para ser enseñando y aprendido, han sido estudiados por la didáctica y son la esencia que configura los ambientes de aprendizaje, veamos:

El espacio, el salón de clase, ese primer entorno donde se relacionan profesores y estudiantes, que configuran un grupo, está ahí, en un tiempo determinado y alrededor de un saber específico, alberga unas cosas, un tablero o una pantalla, que nos mira y unas sillas, casi siempre iguales y dispuestas en hileras, una tras otra; el profesor lleva consigo, su vida, las tizas o los marcadores, el borrador y su saber, tal vez un libro escrito por otros o su propio texto, su propio artículo, resultado de su propia investigación, ingresa al salón de clase a enseñar. El estudiante lleva consigo su historia, su cuaderno, su lápiz con borrador, las fotocopias y su deseo de aprender. El salón comúnmente es cuadrado y sus paredes vacías pero, tal vez, con sus muebles y enseres diseñados y decorados con ambientes acogedores para incidir en los afectos y efectos de los que allí conviven, la educación modifica los sentimientos y los saberes que allí emergen. ¿Cuánta emoción puede habitar en esas cosas? La motivación recae en la capacidad que tenga el profesor de despertarla en sus estudiantes, en su voz, en su cuerpo, en su capacidad comunica-

tiva, en su saber, en sus estrategias didácticas. Los estudiantes lo observan. El tablero se borra y queda impreso en tantas hojas como estudiantes participen en la clase, cada uno con su propia versión del tablero y refrendado por lo supuestamente escuchado. El tiempo se termina y por ende la clase, otros vienen a ocupar nuevamente ese espacio que albergó ese grupo, el tiempo se llevó lo que allí pasó, los estudiantes van a otros grupos con otros profesores y el profesor va hacia otro salón a pertenecer a otro grupo con otros estudiantes. Es la cotidianidad de la vida universitaria.

Pero no siempre el salón de clase fue así. En la historia de la universidad han surgido espacios que aún hoy perduran, el gimnasio, la academia, el liceo, el pórtico, los jardines, las musas, las escuelas, el estudio, el colegio, el taller y la universidad, fueron espacios que también albergaron estudiantes y profesores que se relacionaron entre sí por medio de la comunicación de los saberes y a través de sus experiencias e historias de vida, incidiendo en la transformación de la cultura de la época que perdura hasta nuestro días, veamos:

El *gymnasio* –gimnasio–, fue en sus inicios un espacio magnánimo, con múltiples dependencias, alrededor de un patio central recubierto de arenas y rodeado de columnas, la *palaistra*, donde se ejercitaban los hombres desnudos. A la entrada se disponía de un vestíbulo, *apodyterion*, con un almacén donde albergaban objetos, correas para cubrirse los puños, pesos para levantamiento, frascos de aceite, *estrigilos* –cepillos metálicos– para masajes, piedras para lanzamiento; una sala de lucha, una sala de masajes, una piscina fría, una pista de carreras al aire libre, *stadion*. Los jóvenes se ejercitaban en la lucha, llaves y golpes, saltos de longitud, lanzamiento de jabalina y de disco, y en la natación. Los ejercicios físicos iban acompañados de instrucción sobre la moderación en el beber y el comer en tanto salud física, pero la moderación también era enseñada allí para llevar a cabo en la vida social y política. Los gimnasios, con el pasar del tiempo, se convirtieron en el espacio propicio para el adiestramiento militar y la enseñanza superior; ellos fueron los únicos espacios proporcionados por el estado griego para el desarrollo de la educación (Bowen, 1979, pp. 129-130; Calderón, González, 2006).

A este espacio llegó Sócrates, luego de recorrer las calles de Atenas, allí con su mayéutica, el arte de conversar, estableció la relación con sus discípulos. Una relación basada en la ironía, con un enfoque negativo y sin ningún cuerpo de conocimientos sistematizados (Bowen, 1979, p. 139). Sócrates, el partero intelectual, desarrollaba su mayéutica así:

En un primer momento, el maestro realizaba preguntas y exclamaciones que tenían por objetivo interesar en el tema al interlocutor y disponerlo al saber adecuadamente, sacándolo del contexto de sus habituales preocupaciones, para instalarlo en la importancia de su ser y de su vida. En el segundo momento, Sócrates interrogaba y objetaba, con el propósito de que el otro tomara consciencia de su ignorancia: era el momento de la purificación o la ironía, donde el maestro hacía que el interlocutor expusiera lo que creía saber en cuanto al tema propuesto, y a las soluciones aportadas replicaba con objeciones que demostrarían, a través de las contradicciones resultantes, la falsedad o inadecuación de dichas soluciones y la ignorancia de su autor. Este quedaba entonces liberado de sus errores y en conocimiento de lo que sabía y lo que desconocía; el maestro era quien primero reconocía que no sabía: el famoso «solo sé que nada sé». Posteriormente, se daba paso a la construcción o mayéutica, etapa en la que debería llegarse a una verdad conocida como tal, la cual debía plasmarse en una definición de carácter universal. (Calderón, González, 2006; González y Grisales, 2014, p. 71; González, 2019, p. 23)

Para Bowen (1979), «llegar a una definición es el aporte con que Sócrates contribuyó al desarrollo de la lógica» (p. 136). Eran tiempos de la Atenas del siglo V a. c., los Sofistas y la retórica, con sus enseñanzas privadas basadas en la oralidad, el éxito político, legal y social, con las que forjaban parte de la vida cultural de la Grecia de la época y que luego de las enseñanzas de Sócrates fueron llamados presocráticos, pero que no desaparecieron, hasta hoy existen los sofistas, pero Sócrates fue juzgado por impiedad y condenado a muerte por las enseñanzas que profesaba.

La *akademía* –academia– fue en sus inicios un espacio ubicado cerca del gimnasio, en un bosque dedicado al héroe primitivo Academo, situado al noroeste de Atenas. Era una casa rodeada de un gran jardín con plantaciones de olivos y plátanos, ahí llegó Platón, alumno de Sócrates, con su dialéctica, el arte de conversar, estableció la relación con sus discípulos basada en las preguntas y respuestas, con una metodología positiva y una construcción de un cuerpo de conocimientos en busca de la verdad. La dialéctica de Platón fue considerada como la forma suprema de la actividad pedagógica, incluye la discusión, el discurso, el debate y la argumentación; tanto oral, su enseñanza formal en la academia, como escrita, los diálogos, en su estilo literario. Ambos, como maestro y como escritor, fueron también los medios de los que dispuso para la difu-

sión de su pensamiento (Bowen, 1979, pp. 147-149). Platón, el filósofo idealista en busca de la verdad última, desarrollaba su dialéctica así:

La dialéctica, el método que Platón utilizaba para conversar con sus discípulos en la academia, es el arte de pensar ligado al lenguaje; es un proceder de carácter ideal, abstracto, formal, de relaciones entre signos, entre contenidos simbólicos, dadas en palabras, en diálogos entre dos personas que se preguntan y responden, provocando una discusión para elaborar conceptos. Se examinan ideas, ideas puras, ideas en sí mismas, se exploran contradicciones, se objeta, se realizan autocríticas, se refuta y al refutar se prueba, todo a través del pensamiento para llegar al principio de todo y, desde allí, deducir, llegar a las conclusiones y demostrar la verdad, pues «el verdadero conocimiento debe provenir desde el interior del alma misma» (González y Grisales, 2014, p. 72; González, 2019, p. 23).

Eran tiempos de la Atenas del siglo IV a.c., donde Platón cimentó la educación basada en los estudios accesibles a la razón, la filosofía y las matemáticas, lo abstracto; era la academia como el tercer periodo de la educación, aportando a la cultura Ateniense en un diálogo constante por la búsqueda axiológica, razonable, deductiva de la verdad como bien supremo, donde escribió su legado que llega hasta nuestros días, y fue perseguido por ello.

El *lykeion* –liceo–, un edificio adyacente al gimnasio, era un espacio entre la naturaleza, un parque con senderos rodeados de árboles, senderos para pasear. Ahí llegó Aristóteles, alumno de Platón, con sus diálogos de discusión científica, «estableció la relación con sus alumnos, en todos sus escritos llevaba un estilo pedagógico, con constantes citas de autores anteriores, un análisis de sus argumentos, una crítica de sus errores y, finalmente, la presentación de una nueva teoría basada en consideraciones de las fallas anteriores» (Bowen, 1979, p. 172; Calderón, González, 2006). Aristóteles, el filósofo en busca de la verdad, desarrolló su lógica mediante silogismos, así:

Los silogismos son proposiciones, frases con sentido que utilizan correctamente el lenguaje, premisas correctas que conlleven a una conclusión correcta. Proposiciones que se construyen a partir de observaciones que llevan los casos singulares a una noción universal. Proposiciones, verdaderas o falsas conformadas por conceptos que se enlazan entre sí y conlleven a una conclusión necesaria (González, 2019, p. 23); «sin embargo, para que la necesidad de la conclusión sea una necesidad absoluta y real, no meramente formal, las premisas deben ser no solo generales o habitualmente verdaderas, sino necesarias, fundadas en la realidad y evidentes por sí

mismas» (Aristóteles, 1981, p. 229). De acuerdo con González y Grisales (2014), es un proceder demostrativo, se basa en lo empírico, es una experiencia inductiva, una intuición espiritual, un sustento en lo sensible, a partir de hechos correctamente observados, que lleva, de los casos singulares, a la noción universal, así se va configurando el método inductivo.

Los estudios del liceo se organizaron en dos grandes campos, las ciencias naturales y las ciencias normativas; se enseñaba la lógica de observación sistemática de la realidad, la experiencia cotidiana, la intuición inmediata y directa de los actos sensoriales, la inducción lógica y la demostración, las formas para pensar y construir conocimientos. Era un modelo poli temático, es decir, enseñar todos los campos del saber conocido hasta entonces, biología, física, metafísica, matemáticas, astronomía, ética, política y retórica.

Eran tiempos de la Grecia Helenística, donde Aristóteles cimentó la educación basada en las evidencias, no solamente en las ideas, era el liceo como el tercer periodo de la educación, aportando a la cultura el *Organon*, un texto donde se propuso un método para construir ciencias que perduró hasta la época de Descartes y Bacon. Aristóteles propuso, además, la educación oficial e incorporar en la escuela primaria la enseñanza del dibujo; incidiendo en la construcción de la cultura de Occidente, por ello fue acusado también de impiedad y tuvo que abandonar el liceo y retirarse a la soledad para morir.

Se destaca que los tres espacios, el gimnasio, la academia y el liceo se ubicaron fuera de la ciudad, eran cercanos entre sí, espacios de recogimiento que permitían pensar, dialogar, posibilitaban el desarrollo de la intelectualidad, de las formas sobre los contenidos, bajo la dirección de un pensador que configuraba sus grupos de estudio, grupos que forjaban estudiantes que continuaban con los debates de las ideas trascendiendo a sus maestros, maestros con sus propios métodos para enseñar, con sus posiciones políticas como habitantes de una sociedad que anhelaban verla mejor y que contribuyeron innegablemente al progreso de la humanidad.

Otros espacios que acompañaron el gimnasio, la academia y el liceo fueron el pórtico, *Stoa*, y los jardines, *Kepos*. El pórtico, el centro educativo fundado por Zenón, considerado el padre de los estoicos, se ubicó en la entrada del ágora de Atenas, allí la poesía, la literatura y la gramática empezaron acompañar la vida intelectual; el pensamiento, la reflexión y la meditación, lo bueno, lo verdadero y lo bello, todo en armonía. Los jardines, el centro educativo fundado por Epicuro, filósofo considerado el padre del hedonismo, fue una comunidad intelectual abierta al mundo, inclusive a las mujeres,

fue una doctrina cuya búsqueda era la felicidad basada en el placer, el placer espiritual por encima de los placeres físicos.

En Alejandría, se edificó el *Mouseion*, casa de las musas, un palacio perteneciente a la realeza de los Ptolomeos, era un centro de residencial de eruditos y estudiosos, con sus jardineas para pasear reflexionando, una exedra con sus asientos y un refectorio o comedor. Allí habitaron Arquímedes de Siracusa y Euclides enseñando geometría y astronomía; así mismo Eratóstenes, con su primer mapa científico del mundo conocido y el cálculo del tamaño de la tierra, agregó los estudios geográficos, se fueron dejando atrás los estudios metafísicos de la herencia platónica. Pero lo más asombroso fue la gran biblioteca allí construida, un espacio para la vida cultural de Alejandría; en torno a ella, tomó importancia la industria de los libros, la colección de manuscritos, su restauración, su clasificación, su traducción, su conservación, su edición, su recensión y autenticación (Bowen, 1979, p. 207); las cuatrocientas mil obras escritas en los rollos de papiro cubrieron aquel espacio, por consiguiente los saberes como la filología, la crítica literaria, la gramática tomaron auge.

Todos estos espacios, el gimnasio, la academia, el liceo, el pórtico, los jardines y la casa de las musas, fueron dedicados a la educación del tercer nivel; a excepción del gimnasio, eran privados y prácticamente sus filósofos fundadores enseñaban a partir de los diálogos y escribían sus textos, con excepción de los sofistas que solo basan sus enseñanzas en la oralidad. Además de su legado filosófico, participaron en la elaboración de un sistema de enseñanza que contribuyó a la organización del sistema educativo secuencial en Atenas: la educación primaria, que cubija la enseñanza de la lectura, la escritura, la gimnasia, la música y el dibujo; la educación media basada en lo gramatical, donde se enseñaba tres disciplinas metodológicas básicas la retórica, la gramática y la lógica, cuyos contenidos los constituían la literatura y la matemática; el servicio militar, única etapa pagada por el estado; y la enseñanza terciaria dedicada al desarrollo del pensamiento de su maestro fundador. A ella, se podía acceder sin la educación media, dependía de los maestros dueños de esos espacios que habían fundado y de su libertad de admisión y de enseñanza, fue una libertad de pensamiento que forjó gran parte de la cultura griega, con la consecuencia nefasta para sus maestros, quienes fueron perseguidos por el poder de turno.

Ahora bien, la edad media, forjó una revolución educativa, a partir de su propia concepción de espacios como las escuelas, los estudios, los talleres, los colegios y la universidad, veamos:

Las escuelas eran espacios al interior de las catedrales y de las cortes. Las escuelas en las catedrales se llamaron episcopales y en las cortes palatinas. Los jóvenes vivían allí porque sus familias deseaban que fueran clérigos o aristócratas que aspiraban a una vida social de élites. Los grupos que habitaban estas escuelas los unía el deseo de poder perpetuar la cultura eclesiástica o monárquica. Allí los maestros se relacionaban con sus estudiantes mediante una enseñanza denominada escolástica y desarrollaban los contenidos de las artes liberales.

El método escolástico consagró tres momentos en el proceso de enseñanza denominados como *lectio*, *quaestio* y *disputatio*. En la *lectio* el profesor les dictaba a los estudiantes los libros clásicos, explicaba algunas partes difíciles; los discípulos, debían repetir de memoria los dictados; luego en la *quaestio*, el profesor enseñaba el arte del debate basado en la dialéctica, con este ejercicio se preparaba para su participación en la *disputatio*, debates públicos entre los profesores sobre temas de interés universal que daban como resultado la escritura de los libros denominados *Summae*. A estas *disputatio*, los estudiantes eran invitados solo a escuchar. Era la dialéctica, en tanto lógica para la construcción de los conocimientos. Se dice que el precursor de este método escolástico para la enseñanza fue Gerberto en la Catedral de Reims. Si bien, este ejercicio de enseñanza era principalmente basado en la oralidad, los argumentos aportaban al avance del conocimiento en la época y los profesores lo registraban escribiendo sus propios pergaminos para la posteridad (Borrero, 1983; González, 2020).

A las artes liberales se dedicaban los clérigos, nobles y aristócratas como una forma de pensar desde el espíritu, desde el amor al saber, desde lo puramente teórico. Las artes liberales se clasificaron en *trivium*, tres vías, a saber: la gramática, la retórica, la dialéctica; tres caminos para desarrollar el arte de la elocuencia, de la comunicación, que provocaban en su seno discusiones filosóficas, políticas, históricas y literarias, tres posibilidades para generar las ciencias del espíritu luego denominadas ciencias humanas. En *quadrivium*: cuatro vías, la aritmética, la geometría, la astronomía y la música —ubicada allí por las relaciones numéricas de los sonidos—; cuatro caminos para desarrollar las disciplinas basadas en los números, en la realidad física, concreta, medible, las ciencias naturales. Estos saberes fueron registrados en grandes enciclopedias.

Los estudios, eran espacios donde la relación entre maestros y estudiantes era espontánea, una relación entre personas de la sociedad civil. En los estudios particulares se relacionaban las perso-

nas de la misma región, mientras que en los estudios generales se relacionaban personas de diferentes regiones, pero se organizaban, según su lengua y cultura. Lo que los reunía como grupo era un deseo de saber, de aprender, un trabajo intelectual, poco a poco, con el tiempo fue adquiriendo la connotación de lo que allí se hacía, estudiar, «esa predisposición anímica para el trabajo intelectual, afición, devoción, dedicación insistente» (Borrero, 1983, p. 11). Los estudios se localizaban en las ciudades nacientes por fuera de los castillos de los señores feudales y monarcas, y por fuera de las catedrales y abadías. Era una nueva cultura que iba naciendo, la revolución educativa de la edad media, fundamentada en el carácter espontáneo de estas asociaciones de personas, de cualquier procedencia y condición, en torno a cualquier tipo de saber, son asociaciones esencialmente sociales, portadores de un espíritu corporativo con el propósito de defender los intereses comunes alrededor de las artes liberales, pero enfatizando en el *quadrivium*.

Los colegios, eran espacios que fungían como albergues privados rurales para esos estudiantes que provenía de otras naciones y fueron replicando allí, lo que se enseñaba y aprendía en los estudios generales. A estos colegios también llegaron profesores de otras naciones y se agrupan corporativamente para enseñar. Los colegios llevan en sí la noción de internado, la noción de un espacio determinado para a una labor específica, la noción de reunión para pensar, es el caso de los colegios cardenalicios de la época medieval que se reunían con el propósito de elegir un Papa, por ejemplo.

Los talleres eran espacios para hacer cosas, espacios más formales donde un maestro que sabía un oficio mecánico, artesanal, textil o comercial, saberes prácticos, técnicos, empíricos que fungían como artes serviles, precursores de la ingeniería. El maestro reunía en su taller a los aprendices; todo aquel que quisiera dedicarse a un oficio determinado debería ganarse un puesto como aprendiz en el taller del gremio respectivo. La relación entre el maestro del oficio y sus aprendices se configura en una hermandad impenetrable, gremiales, cofradías, guildas, *métier* o *hansas*, allí se protegían los secretos de su oficio, ejerciendo un monopolio sobre su práctica. Los aprendices estaban en el taller por siete años, luego recibía el rango de oficial, donde ya era competentes para ejercer el oficio, hasta que pudiese realizar *una obra maestra* y recibir el grado de maestro y poder enseñar en el gremio, tener su propio taller con aprendices y oficiales. Gremios que emergieron como la clase burguesa, localizada en los burgos o ciudades nacientes independientes de los señores feudales. Estos saberes eran registrados en

manuales. Es menester resaltar el significado del gremio de libreros con la fabricación de papel y la cofradía de escribanos, que trabajaban con la escritura en letras de molde, precursores de la imprenta.

La universidad era un espacio que albergaba espontáneamente un grupo de personas interesadas en enseñar y en aprender, se asociaban intencionalmente con el propósito de ser reconocidos socialmente en una ciudad naciente. La *universitas* significa la unidad en la diversidad, unidad en tanto el grupo de las personas interesadas en el saber y diversidad en cuanto los diferentes saberes por los cuales se interesaban los allí congregados, específicamente las disciplinas superiores, la teología, el derecho y la medicina cuyo fundamento fueron las artes liberales. La teología y el derecho son las disciplinas superiores por excelencia, eran apoyados por los obispos y los monarcas, pues ambos poderes necesitan legislar, en lo canónico y en lo civil para perpetuarse en el poder. La medicina, en cambio, se iba construyendo en el campo de la física y de la práctica, el arte curativo descrito en manuales más que enciclopedias, con la diferencia radical del médico como teórico y el cirujano o barbero como el práctico, que solo podía operar con la presencia del médico.

Las profesiones seculares deberían tener una garantía para poder ejercer en la sociedad, para ello, se les comenzó a otorgar un *títulus*, así como los nobles poseían un título como señal de honor, y los terratenientes un título de propiedad civil, los profesionales necesitaban un título universitario que les otorgara el derecho de ejercer un saber, una potestad, una *licentia*, es decir, un permiso para tener la libertad de ejercer; enseñar para los maestros, juzgar para los abogados y operar para los médicos. El título se otorgaba al terminar los estudios en un evento especial denominado *graduatio*. El tiempo de estudios, variaba de profesión a profesión, los teólogos alcanzaban a estudiar hasta catorce años y los juristas hasta diez años.

El carácter espontáneo de estas asociaciones de personas, de cualquier procedencia y condición, en torno a cualquier tipo de saber y en espacios varios denominados taller, escuela, estudio, colegio o universidad, espacios de recogimiento e intelectualidad, de ocio o acción; son en esencia sociales, portadores de un espíritu corporativo con el propósito de defender los intereses comunes alrededor de los saberes indispensables para el desarrollo de la sociedad, he ahí su carácter institucional, libre y autónomo (González, 2019).

Las *universitas* fueron configurándose como espacios del saber, la de Salerno en Italia, data del siglo IX con sus hospicios que funcionaban como espacios tutoriales en torno al saber de la medicina, consolidando el pensamiento griego, romano, árabe y hebreo que

hasta la época existía; la de Bolonia (1088) en Italia, organizada por la comunidad de estudiantes en torno al saber del derecho, tanto el canónico, romano y bizantino; la de París (1150) que fue en un principio una escuela catedralicia, bajo el manto del cardenal Sorbone, dedicada en sus inicios a las artes liberales y a la Teología, que poco a poco fue quedando en manos de la comunidad de profesores; la de Oxford (1096) *universitis* semi-rural que se congregó a partir de los colegios que allí se asentaron, colegios en medicina, teología, derecho y artes, especialmente el *quadrivium* con una visión matemática de la física; la de Montpellier (1170) en Francia con su facultad de medicina, situada en un hospital y con una marcada función social de la salud y otra facultad de teología y la de Coimbra (1290) en Portugal.

Ya en la edad media, no era un profesor particular, en su espacio privado, con su saber singular y en torno a él llegaban sus discípulos con sus respectivos pagos, como en Grecia, sino un conjunto de personas, profesores y estudiantes que se asociaban corporativamente, deseaban saber algo independiente de la iglesia y la monarquía, independiente del poder y espontáneamente se reunía para aprender y si no les gustaba lo que allí pasaba, migraban para otros espacios a seguir aprendiendo. Es una concepción diferente de la enseñanza y el aprendizaje, unos nuevos espacios que impulsaron la cultura y la sociedad, de allí la frase rutinaria que la sociedad creó la universidad y a ella se debe.

Fueron espacios corporativos los que generaron cambios culturales, estos espacios albergan no solo personas sino ideas, movimientos sociales. Dice Heidegger (1951) «los espacios son construidos para ser habitados; el habitar es la manera de lo que son los mortales en la tierra y el construir como habitar se despliega en el construir que cuida, es decir, que cuida el crecimiento» (p. 2). Los salones de clase son lugares que se han dotado como espacios construidos para ser habitados por seres humanos que moran allí para pensar, pues «el ser del hombre descansa en el habitar» (Heidegger, 1951, p. 3); se han unido primero como seres para dialogar ahí, en la academia, el liceo, el pórtico, el jardín, el estudio, el taller, el colegio y la universidad; paulatinamente esos lugares se van construyendo como espacios, van estableciendo sus fronteras cuando son así nominados. Las «fronteras no son aquello en lo que termina algo, sino aquello donde algo empieza a ser lo que es, comienza su esencia» (Heidegger, 1951, p. 5). La esencia de la escuela es el ocio, el tiempo libre para pensar, la vida de los intelectuales que aportan saberes a la cultura y a la sociedad, esa sociedad que los vio nacer como entes que se asociaron libremente alrededor de las ideas. Esos espacios se

convierten en moradas para abrigar y cuidar a los que allí habitan, custodiar las ideas, velar por la libertad de pensamiento, son espacios protectores de la vida misma, de la cultura. Ese espacio para conversar se extiende, coliga otros lugares que lo rodean, se constituyen en parajes que acercan, donde se reside, donde el ambiente que se siente es para aprender a ser. Esa estancia es un ícono para la sociedad y se irgue como símbolo de una cultura; son salones de clase, Universidades donde su iconografía despliega indicios de sabiduría, de resguardo al conocimiento, de preservación del diálogo, dónde se encomienda lo que allí germina, por tanto «el ser de lo que se toma en custodia tiene que ser albergado» (Heidegger, 1951, p. 4), de ahí el permanecer.

Referencias

- Aristóteles. (1981). Primeros Analíticos. *En: Tratados de lógica (el Organon)*. Porrúa.
- Bowen, J. (1979). *Historia de la educación occidental*. Herder.
- Bronfenbrenner, U. (2015). *Ecología del desarrollo humano: experimentos en entornos naturales y diseñados*. Paidós.
- Borrero, A. (1983). *Seminario permanente sobre la universidad*. Asuncun e Icfes.
- Calderón, J., González, E. M. (2006). Acerca de donde enseñaron Sócrates Platón y Aristóteles o sobre el silencio en los espacios dialogantes. *Revista UniPluriVersidad*, vol. 6, no.1, pp. 43-47.
- González, E. M., Grisales, L. M. (2014). *Acerca de la investigación formativa como concepto transversal para los currículos de pregrado de la Universidad de Antioquia*. Ecoe.
- González, E. M. (2019). Sobre la autonomía universitaria y sus espacios para el aprendizaje. *Alma Mater*, 694.
- González, E.M. (2019). ¿Somos Maestros? González, E., y Aguirre, N. 2015. De las ciencias a la vida o sobre la productividad en la Ciénaga de Ayapel y su praxis. *Revista Ingenierías Universidad de Medellín*, vol. 14, no. 27 pp. 29-47 ISSN 1692-3324 - julio-diciembre de 2015/294 p. Medellín, Colombia.
- González, E. M. (2020) ¡Por fin se terminará la dictadura de clases! una posible consecuencia de la pandemia; <https://conversemos-sobreeduacion.blogspot.com/>
- González, E., y Aguirre, N. 2015. De las ciencias a la vida o sobre la productividad en la Ciénaga de Ayapel y su praxis. *Revista Ingenierías Universidad de Medellín*, vol. 14, no. 27 pp. 29-47 ISSN 1692-3324 - julio-diciembre de 2015/294 p. Medellín, Colombia.

Alma Mater, 686.

Heidegger, M. (1951). *Construir, habitar, pensar*. <https://www.fadu.edu.uy/estetica-diseno-ii/files/2013/05/Heidegger-Cons-truir-Habitar-Pensar1.pdf>

Heidegger, M. (2010). *Ser y tiempo*. Fondo de la Cultura Económica.

Miller, T.G. (2002). *Ciencias Ambientales: preservemos la tierra*. Thomson.